

MORTAJA BLANCA

Allen Ginsberg

Traducción de Nicolás Suescún

He sido convocado de mi cama
a la gran ciudad de los muertos
donde no tengo casa ni hogar
pero a veces vago en sueños
mi corazón sintiendo su condena
en busca de mi antigua pieza
donde yace mi abuela envejecida
en el catre de sus postreros días
y mi madre más cuerda que yo
ríe y grita que vive todavía.

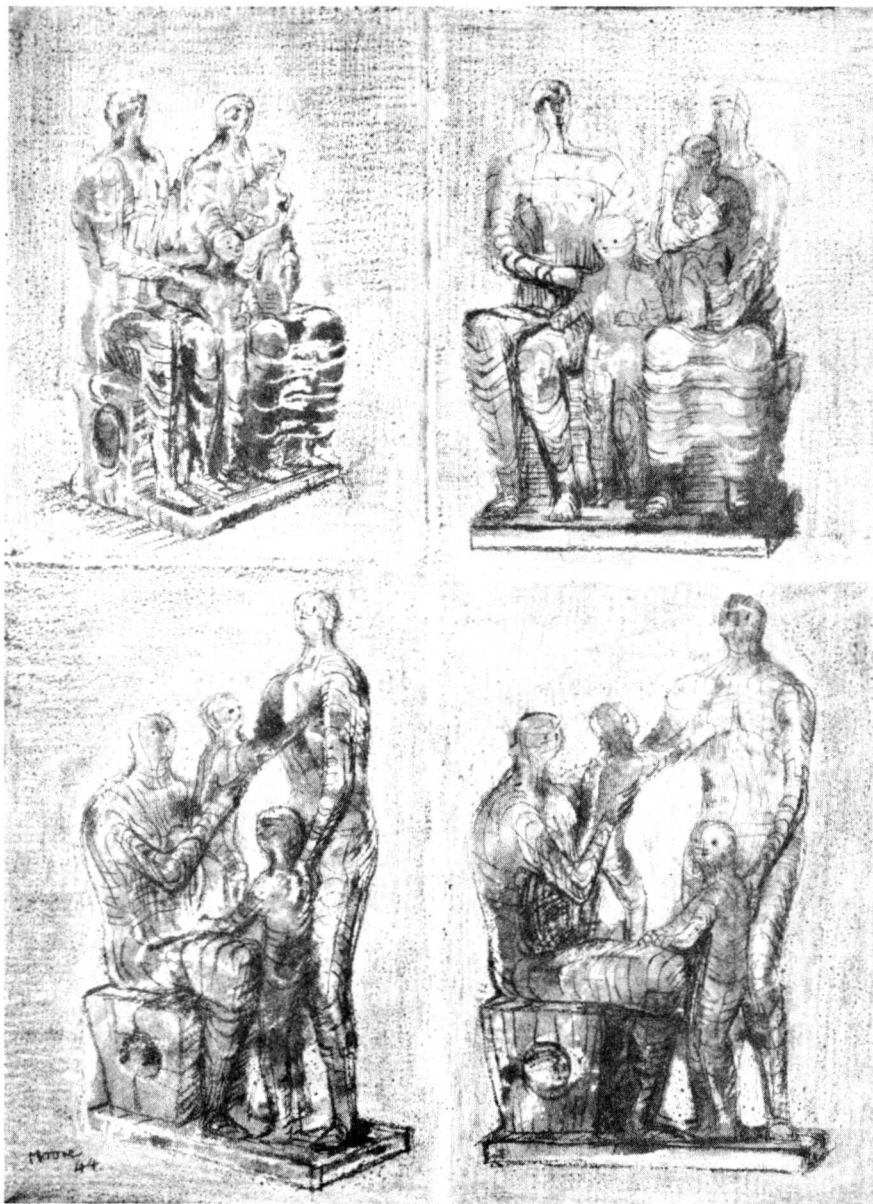
Me encontré de nuevo en la Gran Metrópolis del Este
vagando bajo las columnas de hierro del tren elevado
—apartamentos de muchas ventanas emparedaban la avenida del Bronx
bajo marquesinas de viejos teatros, multitudes de mujeres pobres de compras
con echarpes negros ante puestos de revistas de dulcerías, niños brincaban al lado
de abuelos temblorosos encorvados sobre sus bastones. Había bajado
los domingos a esta misma calle de tiznados subways hace mucho,
té y salmón ahumado con mi tía y mi primo dentista cuando tenía diez años.
El viviente pacifista David Dellinger caminaba a mi derecha,
había venido en carro de Vermont para visitar la Granja Tívoli
del “Catholic Worker”, manejamos hasta North Manhattan
aliviados porque las guerras del país se habían acabado en el periódico,
calmada la frenética danza de puntos y sombras de la televisión —ahora
más viejos que nuestros gritos y banderas, explorábamos las avenidas de ladrillo
en que vivíamos para encontrar nuevas residencias, alquilar depósitos
o espaciosos apartamentos, retirar nuestros ojos, oídos y pensamientos.
Sorprendido, pasé frente a la pieza abierta donde mi abuela judía
rusa, estaba en su cama y suspiraba al comer un poco de pollo,
o “lotkes” de papa, o tomar sopa o borscht, migas en las cobijas, hablando
en Yiddish, quejándose de la soledad destituta de los ancianos.
Me dí cuenta que podía encontrar un sitio donde dormir en la vecindad, qué
alivio, la familia de nuevo unida, por primera vez en décadas.
Ahora en vigorosa edad madura trepé por empinadas calles de Yonkers
buscando mi propio amoblado con agua caliente para instalarme, cerca,
para poder visitar a mi abuela, leer los periódicos del domingo
en vastas cafeterías de vidrio, fumar por encima de lápices y papeles,
un escritorio de poesía, feliz con las botas que mi padre había dejado en el desván,
una pacífica enciclopedia y un radio en la cocina.
Un viejo conserje negro barría la cuneta, perros callejeros husmeaban los rojos hidrantes,
enfermeras empujaban tranquilas coches frente a fachadas de casas silenciosas.
Ansioso por instalarme con plata en mi propio lugar antes del
atardecer, vagué por muelles de tugurios mirando hacia
los pilares de la armazón de subway junto al puente sobre el río Bronx.

Muy parecido a los suburbios de París o Budapest, lejos de las peleas de intelectuales en los umbrales de los drogadictos del Centrum Left Bank, en bares restaurantes, donde una inquieta anciana cargaba su cámara Century Universal View para registrar los coches de la Metrópolis de los Periódicos bajo el sol de septiembre, encabritados los cañones de rascacielos de cien mil ventanas brillando electroiluminadas sobre la avenidas del centro a medianoche las multitudes de Herald Square agolpadas al mediodía bajo los semáforos para almorzar en enormes almacenes de departamentos, comprar granos en Gimbels detenerse con bolsas en puestos de perros calientes luciendo sombreros de paja a la moda de la década, la humanidad en sus zapatos prosperando en su soledad. Pero me había desviado demasiado entretenido por la cabalgata de imágenes. Dónde estaba viviendo? Recordaba haber buscado una casa y haber comido en cocinas de apartamentos, hace décadas de estantes de libros, las tragedias de mi tía, una operación en el apéndice, los puentes en los dientes, una tarde probándome los anteojos por primera vez, aplastando mi pelo mojado sobre mi cráneo, joven de aspecto torpe en el espejo de la fotografía de secundaria. Los muertos buscan un hogar, pero he aquí que yo todavía estaba vivo. Caminé frente a un nicho entre edificios con doseles de aluminio protección contra la lluvia fría calentado por las exhalaciones calientes de las bocas del subway bajo las que palpitaban las locomotoras con agradable tranquilo zumbido. Una dama con bolsa de compras vivía en la callejuela en un colchón, su cama de madera sobre el pavimento, muchas cobijas y sábanas, ollas, sartenes y platos a su lado, ventilador, cocina caliente contra la pared. Parecía desolada, de pelo blanco, pero con fuerza para sobrevivir. Por muchos años los transeuntes pasaban por alto su covacha al pie del edificio, algunos hombres de negocios se paraban a hablarle, darle pan o yogur. A veces desaparecía en las salas traseras de los hospitales de caridad pero no tardaba en volver a su hogareña callejuela, brillantes los ojos, el viejo pelo testarudo, medio paralizada, quejándose furiosa cuando pasé. Me horroricé un poco, quién se haría cargo de una mujer así, pariente, medio abandonada en su calle sólo que había aguantado muchas nieves, terca sola con un apolillado sombrero de piel de conejo. Sus muelas eran un problema, dientes demasiado viejos, gastados como molares de caballo –abrió la boca para exhibir su garganta– cómo puede vivir con eso, cómo comer, pensé, incisivos como hongos grisáceas herraduras con las que masticaba duras flores planas dispuestas en torno a sus encías. Entonces reconocí que era mi madre, Naomi, habitante de este rincón de la ciudad vieja, con más años de lo que la conocí antes de que su vida desapareciera. Qué haces aquí? pregunté, asombrado de que todavía me reconociera, maravillado de verla erguida en su cama, sola, sobreviviendo como para saludarme burlona. “Estoy viviendo sola, todos ustedes me abandonaron, soy una gran mujer, vine por mí misma, quería vivir, ahora estoy demasiado vieja para cuidar de mí, no me importa, qué haces aquí?” Buscaba una casa, pensé, ella tiene una, en el Bronx, pobre, necesita a alguien que la ayude con las compras y la cocina, necesita a sus hijos ahora, soy el más joven, caminé frente a su callejuela por accidente, pero ha sobrevivido, durmiendo despierta en esa plataforma de madera. Tendrá un cuarto de más? Noté que su cueva colindaba con la puerta de un apartamento de una pieza, vitrina sin pintar de un sótano, frente a su refugio al lado del edificio.

Podría vivir aquí si pasa lo peor, mejor
lugar no encontraré cerca de mi madre en esta mortal vida.
Mis años de frecuentar las calles de ciudades continentales, sueños de apartamentos,
viejos cuartos en los que viví, por los que pagué arriendo, sin hogar
las llaves no funcionaban, cambiaban las chapas, familias de inmigrantes ocuparon
mis acostumbrados albergues en los zaguanes –vagué por avenidas cuesta abajo,
perdido, sin dinero, volvería a casa. No podía
reconocer casas en Londres, Paris, el Bronx, al lado de la biblioteca
de Columbia, en el centro en la octava avenida cerca del Subway de Chelsey.
Esos años sin instalarme –se habían acabado ahora de esta agradable manera
con tiempo para hacerme cargo de ella antes de su muerte, falta mucho trecho
muchos problemas sus costumbres pendencieras, vergonzosas cobijas
en plena calle, latas para los dientes, ollas sucias, medio paralizada terca
necesitaba mi fortaleza de edad madura y el conocimiento mundano del dinero,
el arte de la economía doméstica. Puedo cocinar y escribir libros para ganarme la vida
no tendrá que pedir limosna para sus drogas, la comida, una nueva caja de dientes
para acompañarla, no maldecirá al mundo, puedo pagarme un teléfono
después de 25 años podíamos llamar a la tía Edie a California.
Tendré un lugar donde quedarme. “Lo mejor es”, le dije a Naomí, pero
no vayas a enojarte, no te has dado cuenta de que tu vieja enemiga la abuela
todavía está viva. Vive un par de cuadras calle abajo, la acabo de ver,
como tú.” Mi pecho se hinchó contento, se habían acabado todos mis problemas
estaba contenta, demasiado vieja para que le importara o gritara su rencor
sólo quejándose de sus malos dientes. Qué paz tan largamente buscada.

Contento entonces con la vida desperté en Boulder, Colorado, después del alba,
las ventanas de mi alcoba en el segundo piso
sobre Bluff Street hacia el este sobre los techos de la ciudad, retorné
de la tierra de los muertos a la poesía viviente, y escribí
este cuento de alegría mental, haber visto a mi madre de nuevo
y cuando la tinta se acabó en mi estilógrafo y un violeta rosado
invadió los cielos sobre las copas de los árboles de la ciudad sobre el Flat Iron Front Range
bajé a la sombreada sala, donde Peter Orlovski
estaba sentado con su pelo largo iluminado por el resplandor de la televisión viendo
las noticias del amanecer, lo besé, llené mi estilógrafo y me puse a llorar.

Moore Henry (1898 - 1986)
Escultor Inglés



Grupos familiares
Tiza, pluma y acuarela
1944